

MAX HASTINGS

OVERLORD

EL DÍA D Y LA BATALLA DE NORMANDIA
1944



Los desembarcos del 6 de junio de 1944, el Día D, marcaron el comienzo de la Operación Overlord, la batalla inicial por la liberación de Europa. Max Hastings, uno de los principales y más aclamados historiadores del periodo, cuestiona y desmonta muchas leyendas en este magistral estudio que reúne los relatos de los testigos presenciales y los supervivientes de ambos bandos, además de una gran cantidad de fuentes y documentos previamente sin explorar.

Overlord proporciona al lector una perspectiva brillante y controvertida sobre la devastadora batalla por Normandía y nos lega una de las obras más completas y alabadas sobre los acontecimientos. Un absoluto referente historiográfico.

*A Harry, con la esperanza de que las playas
no signifiquen para él más que cubos y palas.*

Lista de mapas

- Los desembarcos aliados. 6 - 9 de junio >>
- La batalla por Villers-Bocage. 11 - 14 de junio >>
- Operación Epsom. 26 de junio - 1 de julio >>
- Ataque sobre Caen. 7 - 9 de julio >>
- Operación Goodwood. 18 - 20 de julio >>
- Operación Cobra. 25 de julio >>
- La brecha de Falaise. 16 - 21 de agosto >>
- El contraataque de Mortain. 6 - 12 de agosto >>

Preámbulo

La lucha por Normandía fue la batalla decisiva de la Segunda Guerra Mundial en el oeste; quizá, la última vez que el ejército alemán pudo haber salvado a Hitler de la catástrofe. La generación de posguerra creció con el mito de la triunfal campaña aliada de 1944-1945 a través de Europa, desconectada en cierto modo de la terrible, aunque decisiva, lucha que había tenido lugar en el este. Hoy en día reconocemos que los rusos hicieron una contribución determinante a la guerra en el oeste con la destrucción de lo más granado del ejército alemán y la muerte de unos dos millones de hombres antes de que los soldados aliados pusieran el pie en las playas el 6 de junio de 1944. Es precisamente el hecho de que la batalla por Normandía se produjese en este contexto lo que hace que los acontecimientos de junio y julio sean tan destacables. Se ha escrito mucho sobre la pobre calidad de las tropas alemanas que defendían la costa del Canal. Sin embargo, estos mismos hombres evitaron que los Aliados pudiesen alcanzar sus objetivos casi en todas partes el Día D y, en la playa norteamericana de Omaha, los llevaron al borde de la derrota incluso antes de que unidades de élite de las SS y de la Wehrmacht llegasen al campo de batalla. En las semanas que siguieron, a pesar del dominio absoluto aliado del mar y del aire, sus ataques fueron repelidos una y otra vez con fuertes pérdidas por unas unidades alemanas en gran inferioridad numérica y armamentística. Por supuesto, nada de esto empaña la verdad histórica esencial de que los Aliados se im-

pusiesen en última instancia, pero si hace que la campaña no parezca un asunto tan simple como sugieren los clichés chovinistas. El capitán Basil Liddell Hart insinuó en 1952 que, curiosamente, los Aliados se habían mostrado reacios a reflexionar sobre su enorme superioridad en Normandía y a sacar algunas conclusiones pertinentes sobre su propio desempeño: «Ha habido demasiada glorificación de la campaña y muy poca investigación objetiva».¹ Incluso cuarenta años después de la batalla, resulta asombroso ver la enorme cantidad de libros publicados que se limitan a reflejar cómodos mitos chovinistas y los pocos estudios que buscan analizar con franqueza los hechos.

Continúa siendo una faceta extraordinaria de la guerra en el oeste que, a pesar del apabullante peso de la tecnología con la que contaban los Aliados, los soldados británicos y norteamericanos fuesen enviados a enfrentarse al ejército alemán en 1944-1945 con armas inferiores en todas las categorías salvo en artillería. Solo en el aire consiguieron los Aliados un dominio inmediato y absoluto de Normandía. Y aunque las masivas fuerzas aéreas privaron a los alemanes de cualquier esperanza de victoria, sus limitaciones quedaron también al descubierto. El poder aéreo no podía proporcionar una llave mágica para la victoria si no iba acompañado de los grandes esfuerzos de las tropas terrestres.

En la posguerra, el estudio de la campaña se ha centrado de forma abrumadora en el desempeño de los generales, prestándose muy poca atención a la actuación de las tropas terrestres alemanas, británicas y norteamericanas. ¿Cómo es posible que después de meses de preparativos para Overlord se demostrasen tan deficientes las tácticas acorazadas y de infantería aliadas en Normandía? A los británicos, en un grado mucho mayor de lo que sus propios comandantes estarían dispuestos a confesar incluso años después de la campaña, les aterrorizaba sufrir un elevado número de bajas de infantería. Creo que las percepciones

personales de la campaña de Brooke y de Montgomery —y quizá también la de Bradley— se vieron profundamente influenciadas por la consciencia de que el ejército alemán era la fuerza de combate más sobresaliente de la Segunda Guerra Mundial, y de que solo podría ser derrotado en condiciones absolutamente favorables. Los Aliados aprendieron en Normandía las limitaciones de utilizar explosivos como sustituto del despiadado esfuerzo humano. No parece muy fructífero ponderar hasta qué punto era sólido un plan o maniobra aliada en términos abstractos. La cuestión clave radica, seguramente, en si se podía llevar a cabo con las fuerzas aliadas disponibles, dadas sus limitaciones y la extraordinaria pericia de sus enemigos.

Pocos europeos y norteamericanos de la generación de posguerra son conscientes de lo intensas que fueron las primeras batallas de Overlord. Este escenario fue el más exigente para el soldado de a pie y, quizá, la ocasión en la que en el teatro occidental estuvo más cerca de las condiciones del Frente del Este o, incluso, de los combates en Flandes treinta años antes. Muchas unidades de infantería británicas y norteamericanas sufrieron más de un cien por cien de bajas en el transcurso del verano, al igual que sucedió con la mayoría de las unidades alemanas. Un soldado de infantería norteamericano calculó que para mayo de 1945 habían pasado unos 53 tenientes por su compañía; pocos de ellos la dejaron por traslado o ascenso. El oficial al mando del 6.º Batallón del Regimiento King's Own Scottish Borderers descubrió que, cuando su batallón llegó a Hamburgo en 1945, todo lo que quedaba de aquellos hombres con los que había desembarcado en Normandía en junio de 1944 era una media de cinco soldados por compañía de fusileros y un total de seis oficiales en toda la unidad. «Me quedé atónito», dijo. «No tenía ni idea de que iba a ser así». Él, al igual que el común de las naciones aliadas, había sido condicionado para pensar que la guerra industrializada de la década de 1940 no igualaría nunca el

coste humano de la anterior pesadilla en Francia. Sin embargo, para aquellos que iban en primera línea de la vanguardia aliada sí lo hizo.

Se trata, por tanto, de un choque de armas masivo y terrible en el que la victoria final redime a los Aliados, que no a los alemanes. La primera parte del texto sobre el trasfondo que subyace a los desembarcos y a sus fases iniciales le resultará conocida a algunos lectores, pero me parece necesaria su inclusión en aras de la exhaustividad, además de que es una historia tan extraordinaria que merece la pena volver a ser contada. A continuación, he tratado de examinar aspectos mucho menos estudiados del desempeño y las tácticas de los ejércitos, y de analizar algunas verdades incómodas sobre lo que sucedió en el verano de 1944. Como Normandía fue una campaña de enormes dimensiones, resulta imposible abordar la historia de cada batalla y cada unidad en todo su detalle sin caer en el tedio y el grosor de una historia oficial. Al centrarme en la suerte de algunos personajes y unidades en distintos momentos de la campaña, espero haber sido capaz de ofrecer un panorama de las experiencias y dificultades por las que atravesaron otros muchos miles de hombres. He descrito los sectores de frente de cada nación en capítulos separados aun a costa de asumir alguna disrupción en la cronología porque solo de este modo puede considerarse coherente el progreso de los ejércitos. Cuando cito a personas concretas por su nombre, la graduación dada es la que tenían en el momento de la cita. He adoptado la sintaxis norteamericana para las unidades estadounidenses e incluyo citas literales del personal norteamericano. He hecho poca mención al material que es de sobra conocido por todo estudioso de historia militar — los problemas de las previsiones meteorológicas del coronel del aire Stagg, las declaraciones formales de los comandantes o las operaciones aerotransportadas del Día D— que han sido descritas con enorme grado de detalle en otros libros. En su lugar, me he centrado en aspectos que

espero que sean menos conocidos: la batalla en el interior y las experiencias personales de hombres cuyas historias no han sido contadas nunca antes, sobre todo de los alemanes. Los logros del ejército alemán en Normandía fueron grandes y he buscado a muchos de sus supervivientes. He tratado de escribir desapasionadamente sobre la experiencia del soldado alemán con independencia de lo odioso de la causa por la que luchaba.

He entrevistado a multitud de veteranos norteamericanos y británicos, y he mantenido correspondencia con cientos más. Me siento especialmente en deuda con el mariscal Lord Carver, el mariscal Sir Edwin Bramall, el general Sir Richardson, el mayor general G.P.B. Roberts, el mayor general Sir Brian Wyldbore-Smith, el general Elwood R. Quesada, el general James Gavin y el brigadier Sir Edgar Williams. También debo mucho a los bibliotecarios de la London Library, a la Royal United Services Institution, a la Escuela de Estado Mayor Camberley y a la Oficina de Archivos Públicos. Andrea Whitaker ha sido un fabuloso intérprete y traductor de alemán tanto para este como para mis anteriores libros, *Bomber Command* y *Das Reich*. Entre el ámbito de la literatura relevante, debo mostrar mi admiración por el último volumen de Nigel Hamilton de su biografía oficial de Lord Montgomery y por el importante y reciente estudio de Carlo D'Este sobre la estrategia de la campaña de Normandía, que he tenido la posibilidad de consultar en sus últimas fases de escritura, que fueron muy valiosos para ayudarme a tener en cuenta algunos asuntos y documentos que, de otro modo, se me hubiesen pasado por alto. Como siempre, debo agradecer enormemente la paciencia y resignación de mi esposa Tricia, que después de haber aguantado en años recientes mi vida espiritual en un Lancaster a 6.100 metros de altitud en mitad de la Francia ocupada, ha pasado ahora muchos meses entre las ruinas de Caen y St. Lô. Carlo D'Este y Andrew Wilson MC [*Military Cross*, Cruz Militar] tuvieron la gran amabilidad de leer el

manuscrito y de hacerme valiosas sugerencias y correcciones, aunque, por supuesto, no tienen responsabilidad alguna por el texto o los juicios que hay en él, que son enteramente míos. Estoy también en deuda con mi editor en Londres, Giles O'Bryen, con Philippa Harrison y con Alice Mayhew en Nueva York.

Quizá deba manifestar también mi gratitud al ejército británico y a la Marina Real. A primeras horas de una mañana de abril de 1982, estaba sentado en mi despacho en Northamptonshire buscando esa inspiración en la imaginación, tan esencial para este tipo de libros, al objeto de sentir cómo sería estar acurrucado en una lancha de desembarco que se aproximaba a una costa hostil al amanecer del día 6 de junio de 1944. Por una increíble casualidad de la historia, menos de dos meses después me encontré acurrucado en una lancha de desembarco británica a casi trece mil kilómetros de distancia. En las semanas que siguieron, tuve la oportunidad de presenciar una campaña anfibia que hubiese reconocido de inmediato cualquier veterano de junio de 1944, incluso con ametralladoras ligeras Bren y cañones Oerlikon y Bofors acribillando el cielo. Me gustaría pensar que la experiencia me enseñó un poco más sobre la naturaleza de las batallas y el modo en que se comportan los hombres que las libran. Me siento aún más agradecido de que mi generación no haya tenido que ser llamada a experimentar nada parecido a la magnitud y ferocidad de las situaciones por las que tuvieron que pasar los hombres que lucharon en Normandía.

Max Hastings
Guilsborough Lodge
Northamptonshire
Octubre de 1983

Prólogo a la edición española

Esta es la historia de la mayor operación anfibia de la historia militar, un acontecimiento decisivo en el teatro occidental de la Segunda Guerra Mundial. Aunque es cierto que España no fue un país beligerante, los sucesos acaecidos en ese tiempo ejercieron una profunda influencia en toda la humanidad y, de modo muy especial, en los europeos. Debido a que ya sabemos cómo terminó la guerra en 1945, resulta lógico asumir que el resultado era inevitable, especialmente el de la Operación Overlord. Sin embargo, no es este el caso.

He escrito en alguna otra parte que cabe imaginar un escenario en el que, en lugar de invadir Rusia en 1941, Hitler hubiese conquistado Gibraltar a través de España, ofreciéndole, con casi toda seguridad, a Franco concesiones territoriales en África para poder llevarlo a cabo. Si como consecuencia de ello los alemanes hubiesen enviado tres o cuatro divisiones adicionales a combatir con Rommel en el desierto y hubiesen conquistado Malta en lugar de Creta, Gran Bretaña habría sido expulsada de Oriente Medio con casi total seguridad. Con Rommel en El Cairo o Alejandría, dudo que Churchill hubiese logrado sobrevivir como primer ministro de Gran Bretaña. Buena parte del pueblo británico y el conjunto del mayoritario Partido Conservador hubiesen llegado a la conclusión de que ya no era posible continuar la guerra con garantías y que, por tanto, se hacía necesario buscar un acuerdo de naturaleza diplomática con Hitler.

Sea como fuere, Hitler lanzó, en su locura, la Operación Barbarroja contra Stalin y, a partir de ese momento, el pueblo ruso y el Ejército Rojo soportaron el abrumador peso de poner las bajas necesarias para derrotar a los nazis —27 millones frente a unas 800.000 de Gran Bretaña y su Imperio—. Además, en diciembre de 1941, Hitler facilitó en gran medida la tarea al presidente Roosevelt después de Pearl Harbor declarando la guerra a Estados Unidos. Si Alemania se hubiese contenido de dar ese paso es muy probable que Estados Unidos se hubiese adherido a la beligerancia, pero el Congreso y el pueblo norteamericano hubiesen permanecido divididos respecto a la necesidad de luchar en Europa. Es importante recordar que, hasta el final de la guerra, la mayoría de los estadounidenses no mostraron hacia los alemanes, ni mucho menos, el odio que profesaban a los japoneses.

En todo caso, una vez que Alemania declaró la guerra a Estados Unidos, los norteamericanos se mostraron obstinadamente impacientes por el lanzamiento de una nueva invasión del continente con el fin de aliviar la presión a la que estaba sometida Rusia, mientras que los británicos se mostraban cautelosos en extremo respecto a dar este paso. En 1942, Churchill era perfectamente consciente de que el ejército alemán era, hombre a hombre, una fuerza de combate mucho más efectiva que las de sus contrapartes británica y norteamericana. Sabía que las tropas aliadas solo podrían derrotar a las fuerzas de Hitler en las condiciones más abrumadoramente favorables, esto es, con una superioridad numérica de efectivos, carros de combate, aviones y artillería.

Yo fui uno de los primeros autores que puso de manifiesto esta cruda realidad. Cuando las ediciones británica y norteamericana de *Overlord* fueron publicadas por primera vez en 1984, muchos veteranos furiosos de ambos lados del Atlántico —casi todos habían sido soldados rasos o suboficiales— profesaron ataques contra mí. Fui salvado de

una muerte profesional por un grupo de distinguidos oficiales de alta graduación, también británicos y norteamericanos, que salieron noblemente en mi defensa en la prensa escrita y en televisión diciendo que lo que había escrito sobre la superioridad alemana era completamente cierto, y que ellos eran plenamente conscientes de ello en 1944-1945. Hoy, solo los autores británicos y norteamericanos más nacionalistas cuestionan esta realidad, cuya evidencia estadística es manifiesta. Después de que los estadounidenses luchasen por primera vez contra los alemanes en el norte de África en 1942-1943, se dieron cuenta de lo mucho que tenía que aprender todavía su ejército antes de poder enfrentarse con garantías de éxito a las legiones de Hitler en Europa noroccidental.

En 1944, la superioridad aliada en todo tipo de material y armamento —con la notable excepción de la calidad de los carros de combate— era tan abrumadora que los Aliados occidentales estaban en posición de poner en marcha una invasión con perspectivas de éxito. Pero la cautela de Churchill persistía. Veía cómo los rusos infligían enormes pérdidas a los alemanes en el Frente Oriental y era consciente de que cada soldado del Ejército Rojo que moría ahorraba una vida británica o norteamericana. Personalmente opino que, de no ser por la insistencia total y absoluta de los norteamericanos en el lanzamiento de Overlord en el verano de 1944, la operación no hubiese tenido lugar hasta el año siguiente.

La ejecución de la operación de invasión causará la admiración de la humanidad por los siglos de los siglos. Fue una proeza soberbia de planificación y logística, llevada a cabo en su mayor parte por militares reservistas, principalmente brillantes civiles llamados a filas con empleos de mayores y coroneles. Los profesionales mandaban los ejércitos y dirigían las batallas, pero los reservistas hicieron una contribución crítica, sobre todo al romper los códigos alemanes en Bletchley Park. Los desembarcos en Normandía po-

drían haber fracasado si los partes de previsiones meteorológicas hubiesen sido erróneos y se hubiesen desatado tormentas en el Canal; o si los alemanes hubiesen tenido la seguridad de que la invasión del 6 de junio era el acontecimiento principal y hubiesen concentrado sus fuerzas para un contraataque inmediato. Sin embargo, una vez que los Aliados hubieron asegurado una cabeza de playa y, a pesar de que varios de los combates más duros de la guerra en el oeste tuvieron lugar en junio y julio, se volvió muy improbable que sus ejércitos pudiesen ser arrojados de vuelta al mar.

En mi libro argumento que, siendo así, Hitler solo perdió una ligera esperanza de evitar la derrota en la guerra. Su propio escenario para «el día más largo» del 6 de junio exigía el fracaso de la invasión. De haber sido el caso, hubiese sido impensable que los Aliados se planteasen intentarlo de nuevo en 1944 y, en esa coyuntura, quizá tuviese la posibilidad de trasladar cincuenta divisiones de Francia y Bélgica al este con el propósito de asestar un golpe decisivo a los rusos. El Führer pensaba también, y no era totalmente descabellado que, si Overlord fracasaba, los pueblos británico y norteamericano sufrirían una crisis de confianza en sus líderes —Churchill y Roosevelt, Eisenhower y Montgomery— que sumiría su modo de gestionar la guerra en la confusión; algo que quizá pudiese dar paso a un compromiso de paz. Aunque se trataba de una perspectiva poco probable, no era en absoluto imposible, lo que explica la enorme tensión de que era presa, sobre todo, Winston Churchill en la víspera de la Operación Overlord.

Tuve la suerte de poder realizar la investigación para mi libro casi cuatro décadas después de los acontecimientos, en un tiempo en el que muchos veteranos, e incluso algunos generales, estaban todavía vivos y podía tener acceso a entrevistarlos. Encontré la experiencia de escuchar de primera mano sus historias como una de las más vívidas y conmovedoras de mi trayectoria profesional. Espero que el li-

bro aclare de forma incontrovertible la verdad de que librar una guerra mundial representa desafíos y dificultades formidables; nadie debería suponer jamás que existieron opciones fáciles para cualquiera de los bandos.

Agradezco la oportunidad de poner mi libro a disposición de los lectores españoles, que tan generosos han sido con muchas de mis obras, en especial las concernientes a la Segunda Guerra Mundial. Todos debemos considerarnos sumamente afortunados de que cualesquiera peligros y desgracias que podamos afrontar en el siglo XXI, serán pequeños en comparación con los que conocieron nuestros abuelos en las sangrientas guerras del siglo XX.

Max Hastings
Diciembre de 2020